

Antonio Arraíz

Domingo Melfi (1)

En medio de esta impresión de armoniosa alegría que me ha producido en todos sus aspectos la fruta Santiago, hubo, sin embargo, una nota dolorosa, grave, austera, como el tañido de una campana mayor: la muerte de don Domingo Melfi. Por ella pude enterarme de cómo la ciudad que ríe y ama, y es feliz en su orgullosa pomposidad de gran metrópoli, también puede palidecer y ensombrecer el ceño y arrojar sobre la frente reflexiva el manto melancólico.

Para un americano que, como yo, viene de la ardiente cuenca del Caribe, donde el trópico derrama sus colores más vivos. Santiago es una magnífica sorpresa. Después de leguas y leguas de áridas y convulsionadas cordilleras, por donde el viajero parecía precipitarse hacia la desolación del fin del mundo, embos-

(1) El escritor venezolano Antonio Arraíz, de paso en Santiago, capta en esta página de cálida y vibrante fraternidad literaria, la emoción y sentimiento causado por la muerte de Domingo Melfi en el ambiente santiaguino. Este artículo fué publicado en «La Nación».

cada en un valle y casi arrinconada contra el austro, surge a su encuentro una ciudad olorosa y fresca semejante (ya lo dije) a una fruta. Una ciudad desbordante, en la que resulta inconcebible toda otra manifestación que no sea la de la espontánea alegría de vivir.

Que se interrumpa ese ritmo jubiloso y que se detenga el tropel de magníficas mujeres, de belleza y gracia helénicas, para dar paso a una religiosa ceremonia funeraria, es cosa que desconcierta en el primer momento. Es cosa que demuestra, cuando se medita un poco más, cómo ese pueblo sabe, cuando es necesario, completar la guirnalda de rosas de la vida con la corona de mirtos de la muerte y, con un gesto elegante, sin aspavientos, pero también sin ligerezas, ofrendarlas a uno de sus varones predilectos.

Los periodistas, con las manos manchadas de tinta; los escritores, con los espíritus húmedos de recuerdos; los artistas, con los sentidos saturados de imágenes; los militares, con su espada; los juristas, con su código; los hombres que hacen, que regulan y que ramifican el gobierno; los que crean instituciones y los que sólo alimentan cuidadosamente una lámpara interior, y el pueblo innumerable, que es a la vez obrero, artista, creador, creación, gobernante y gobernado, obra de arte, efecto y causa, principio y fin, porque de él emana y hacia él se orienta todo, todos formaron el cortejo que llevó a su última morada a don Domingo Melfi.

Y así había de ser, porque a lo largo de su fecunda trayectoria, un poco de todos ellos traía ya el maduro

filósofo, el sereno intelectual, el infatigable hombre de acción en su bagaje, y en cada uno de ellos algo había dejado de sí mismo, de su trabajo, de su cariño, de su devoción.

Así había de ser también, porque la opulenta Chile podría mirarse complacida en ese hombre integral, capaz de personificarla en la riqueza, en la complejidad de sus aspectos, en la amplitud, en la ecuanimidad de su espíritu, en la alegría, en la abundancia de su corazón, en la hondura del pensamiento, en la prodigalidad de la acción, en la serenidad de la vida y de la muerte y, ahora, de la inmortalidad. Por eso, justo era que se detuviese el torrente de mujeres en la calle, y que la ciudad riente y juvenil mostrase al forastero, por un instante, su capacidad para la severa compostura del rito.

De este modo, la muerte de don Domingo Melfi, luctuosa y triste, ha llegado a ser aleccionadora y útil para mí: ella me ha completado la visión perfecta de Chile. Desde hacía tiempo, a pesar de la distancia, conocía de su obra y de su estatura moral. A Venezuela había llegado el eco de su poderosa personalidad. Sabíamos de sus labores como director de «Atenea», primero; de «La Nación» después. Habíamos transitado a menudo por el amable sendero de sus libros. Por las agudas páginas de sus «Viaje» y «Estudios», en las que se copia el claro cielo espiritual de su patria: por las páginas vehementes de «Sinceridad» y «Casa Grande», en las que se arremolinan los pun-

zantes problemas de su pueblo, que son los de todos los pueblos americanos; por las desgarradoras páginas de «Tiempos de Tormenta», en las que palpita, en forma huracanada, la trágica angustia de su época, que es la misma de todos los hombres americanos.

Al rodear su muerte de respeto y de dolor, Chile me ha revelado cómo, a la vez que sabe amar y sabe reír como pocas naciones en el mundo, sabe también reverenciar la memoria de los hombres que han tenido la suerte de representarla en la alegría, en el amor, en la justicia de la vida y en la majestad de la muerte. Y este hombre fué un escritor.